

pendientes, de modo que la Polonia, destinada según las ideas rancias de la Europa á servir de barrera á la Alemania contra la Rusia, sirviese de barrera, ó más bien de vanguardia, á la Rusia contra la Alemania. ¡Tal era el sueño de aquellos políticos inexpertos; tal la ambición con que ellos alimentaban á Alejandro! Toda la fogosa indignación contra el atentado cometido en el último siglo, todo el noble desinterés que se exigía de las demás cortes para enfrenar la ambición de la Francia, tenía, pues, por único resultado rehacer la Polonia para regalársela á la Rusia. No era en verdad la primera vez que una loca vanidad y una ambición desmedida tomaban el disfraz de una virtud fastuosa, aspirando con ostentación al aplauso del mundo. ¿Quién hubiera dicho que la corte de Rusia, que tan exageradamente afectaba entonces equidad y desinterés, y que desde el polo pretendía dar lecciones á la Inglaterra y á la Francia, aspiraba en realidad á la posesión completa de la Polonia? No obstante, este proyecto ocultaba un sentimiento generoso de parte del príncipe Czartoryski, sentimiento digno de respeto, pues viendo éste que en la actualidad no era posible que el reino de Polonia se restableciese por el esfuerzo de sus propios brazos, deseaba, á falta de éstos, valerse del brazo ruso para conseguirlo. Al menos este personaje se proponía un objeto legítimo: sólo una cosa se le podía censurar, cosa que ya los rusos habían echado de ver repetidas veces, y que había llegado á oídos del mismo Alejandro, á saber: que se curaba menos de los intereses de la Rusia que de los de su suelo nativo, por lo cual instigaba á su soberano á una guerra mal calculada. El presbítero Piatoli, adicto de mucho tiempo atrás á la Polonia, participaba de estas ideas. Difícil era, sin embargo, proponer á aquella *alianza de mediación*, fundada en el principio del desinterés, el abandono de la Polonia á la Rusia; pero había un medio para lograrlo. La Prusia, que gustaba mucho de la paz y sacaba no pocas ventajas de la neutralidad, probablemente no se avendría á pronunciarse; en este caso, para castigarla por su repulsa, se invadiría su dominio, se la despojaría de Varsovia y del Vístula, y agregando estos dilatados miembros de la antigua Polonia á los que ya poseía la Rusia, se constituiría la nueva Polonia, de la cual debía ser Alejandro legislador y rey.

A estas ideas acompañaban otras accesorias al plan, singulares unas, justas y generosas otras. Debía obligarse á la Inglaterra á restituir la isla de Malta á la orden de San Juan. La Rusia debería abandonar á Corfú, que figuraría en lo sucesivo entre las Siete Islas. La Inglaterra se había apoderado de la India, que no se le podía quitar; pero podía sacarse del Egipto un partido inmenso para la civilización, el comercio general y el equilibrio de los mares. Para esto se le sacaría del dominio de la Puerta, y se le adjudicaría á la Francia, para que ésta tomase á su cargo el civilizarlo. Haría de él un reino oriental, pues, bajo la soberanía de la Francia; reinarían en él ó bien los Borbones, si Napoleón permaneciese en el trono después de restablecida la paz, ó bien Napoleón, si los Borbones recobraban el trono perdido. Se devolverían á la Puerta los Estados berberiscos, y hasta se le ayudaría á reconquistarlos, para que aboliese en ellos la piratería, barbarie deshonrosa para la Europa. Finalmente, había

ciertas posesiones contrarias á la naturaleza de las cosas, aunque consagradas por el tiempo y la conquista, que sería prudente y humano anular. Gibraltar, por ejemplo, servía á los ingleses para sostener en España un contrabando vergonzoso y corruptor para esta nación; las islas de Jersey y Gernese ayudaban á los mismos á suscitar en Francia revueltas civiles; Mamel, en poder de la Prusia, venía á ser en el territorio ruso una especie de Gibraltar para el contrabando. Siendo posible, debía estimularse á los poseedores, por medio de ciertos resarcimientos, á renunciar unas posesiones de que hacían tan indigno uso.

La España y Portugal debían reconciliarse y unirse con un vínculo federal que les pusiera al abrigo de la influencia francesa por una parte y de la inglesa por la otra. Había que obligar á la Inglaterra á reparar las sinrazones que había cometido con la España, apremiarla para que restituyese irremisiblemente los galeones apresados, y al mismo tiempo libertar de la tiranía de la Francia á la corte de Madrid, que tan ardientemente lo anhelaba.

Para completar aquella grande obra de reorganización europea, debía el emperador de Rusia dirigirse á todos los sabios de Europa pidiéndoles un código de derecho de gentes, comprensivo de un nuevo derecho marítimo. Era, decíase, inhumano y bárbaro que una nación pudiese declarar la guerra sin someterse antes al arbitraje de un Estado vecino y desinteresado, y sobre todo, que pudiese una nación romper las hostilidades con otra sin que precediese declaración de guerra, como acababa de hacer la Inglaterra con la España, y que cualesquiera comerciantes inofensivos se vieran por una especie de celada arruinados ó privados de su libertad. También era insoportable que las naciones neutrales fuesen víctimas de los furros de potencias rivales y no pudiesen cruzar los mares sin exponerse á las consecuencias de una lucha con la cual nada tenían que ver. El honor de la gran corte reformadora exigía que se ocurriese á todos estos males por medio de leyes internacionales, por lo cual se ofrecían considerables premios á los sabios que propusieran sobre este asunto un sistema de derecho de gentes satisfactorio.

Esta mezcla de ideas singulares, elevadas las unas, puramente ambiciosas las otras, éstas juiciosas y prudentes, aquéllas quiméricas y fantásticas, llegó á exaltar la mente y el corazón del joven emperador, versátil de suyo, y tan jactancioso de sus intenciones sanas, pero fugitivas, como pudiera estarlo de ya experimentadas virtudes. Creíase verdaderamente llamado á regenerar la Europa, y si á veces interrumpía estas ilusiones halagüeñas, era para pensar en el grande hombre que dominaba el Occidente, cuyo carácter era muy poco á propósito para tolerar que otro la regenerase prescindiendo de él ó contra él. Los que más de cerca le observaban advertían que desfallecía su ánimo así que entreveía la guerra con Napoleón como último y probable resultado de todos sus planes.

Esta concepción extraña, lo mismo que las infinitas proposiciones con que suelen los forjadores de proyectos sofocar á los gobiernos que tienen la debilidad de oírlos, no hubiera merecido el honor de ser tan prolijamente narrada, á no haber hallado acogida en Alejandro y sus jóvenes consejeros, y, lo que es aún más

grave, á no haber llegado á ser el texto de todas las negociaciones que se sucedieron para constituir finalmente la esencia de los tratados de 1815.

Pero hay una cosa digna de atención. Echábase á la sazón en cara á la revolución francesa el haber prometido libertad, independencia y felicidad á todos los pueblos, para dejarlos frustrados, burlando de este modo las esperanzas del género humano. Puso el poder absoluto manos á la obra, y unos cuantos jóvenes de talento, los unos sinceros y honrados, los otros puramente ambiciosos, pero educados todos ellos en la escuela de los filósofos, reunidos por razón de su cuna y por la uniformidad de sus inclinaciones en torno del heredero del mayor imperio despótico de la tierra, se enamoraron de la idea de rivalizar con la revolución francesa en intentos generosos y populares. Querían confundir á esta revolución, que según ellos ni siquiera había dado la libertad á la Francia, por cuanto acababa de darle un árbitro, y que no había producido para las demás naciones más que una dependencia humillante del imperio francés, suscitando contra ella una regeneración europea fundada en una distribución equitativa de territorios y en un derecho de gentes nuevo. Querían una Italia independiente, una Alemania libre, una Polonia reconstituida; que cada potencia de primer orden estuviese equilibrada por útiles influencias; que la misma Francia se viese, no precisamente humillada, pero sí precisada á respetar los derechos extraños; que desapareciesen de mar y tierra los abusos de la guerra; que la piratería quedase abolida, la antigua vía del comercio restablecida por el Egipto, y la ciencia por último llamada á redactar el derecho público de las naciones. ¡Todo esto no sólo se vertía en forma de memoria por un folletista adocenado, sino que además se proponía seriamente á todas las cortes y se discutía con Mr. Pitt, que era el más positivo de los hombres! Hoy que tenemos cuarenta años más que entonces, ya sabemos en qué vinieron á parar todas aquellas miras filantrópicas del poder absoluto. Sus inventores, batidos y aniquilados durante diez años por el mismo á quien se proponían destruir, sólo una vez vencedores en 1815, no han llegado á formar código ninguno, ni de derecho de gentes ni de derecho marítimo; no han libertado ni á la Italia ni á la Alemania ni á la Polonia. Malta y Gibraltar siempre han seguido siendo de los ingleses, y aquellas demarcaciones de la Europa trazadas según los intereses del momento, sin cálculo ninguno para el porvenir, son las menos sabias que pueden imaginarse.

Pero no nos anticipemos. Sería una minuciosidad inútil referir por qué medios llegaron estas ideas á prevalecer en Alejandro y en sus amigos; baste decir que estaban completamente imbuídos en ellas y que se prometían que sirviesen de base á la política rusa. El príncipe Czartoryski deseaba vivamente la ocasión de realizarlas por cuanto las consideraba propicias para la reconstitución de la Polonia. Desde la retirada de monsieur Woronzoff, de mero agregado que era al ministerio de Negocios extranjeros, pasó á dirigir este departamento. Nowosiltzoff y Strogonoff, agregados también, el uno al ministerio de Justicia y el otro al de Interior, se consagraban á otros cuidados de índole muy diversa de la de su cargo aparente; ocupábanse con su joven emperador y compañero en asentar sobre nuevas

bases el mundo. Se resolvió que Nowosiltzoff, que era el más diestro de ellos, pasase á Londres para tratar con Mr. Pitt y hacer que admitiese los proyectos de la corte de Rusia. Había que convertir al ambicioso gabinete británico, reducirle á las desinteresadas miras del proyecto para poder fundar la llamada *alianza de mediación*, y en nombre de ésta dirigirse á la Francia con voz que no pudiera ser desoída. Un primo de Strogonoff salió para Madrid con el doble objeto de restablecer la paz entre España é Inglaterra, y unir la España y el Portugal con vínculos indisolubles. Decidióse que Strogonoff pasase por Londres antes de trasladarse á Madrid, para dar principio en aquella capital á su misión conciliadora. Los procederes del gobierno británico con el gobierno español habían parecido á toda la Europa injustos y odiosos; debía significársele, por lo tanto, que si no se mostraba en lo sucesivo más prudente, se le dejaría solo para que se las hubiese con la Francia, manteniéndose con todas las potencias continentales en una neutralidad mortal para la Gran Bretaña.

Los dos jóvenes rusos encargados de hacer que se adoptase fuera la política de su gabinete, partieron para Londres en los últimos días del año 1804. Mr. de Nowosiltzoff, presentado en la corte de Inglaterra por el embajador Woronzoff, hermano del canciller retirado, fué recibido con halagos y distinciones capaces de lisonjear á un joven estadista admitido por la vez primera al alto honor de tratar sobre los grandes negocios de Europa. Suele por lo común la diplomacia inglesa distinguirse por su sequedad y orgullo, más bien que por su astucia; sin embargo, lord Harrowby, y sobre todo Mr. Pitt, con el cual se puso directamente á conferenciar el enviado ruso, sondearon fácilmente los alcances de ambos jóvenes, y se condujeron con arreglo al juicio que de ellos formaron. El experimentado Pitt, más veterano por su destino que por su edad, humanizado por el peligro á pesar de su natural altanería, se alegraba demasiado de ver otra vez coligado el continente para mostrarse inaccesible. Estuvo tan complaciente como cumplía con aquellos jóvenes inexpertos y nutridos de quimeras: escuchó las singulares proposiciones del gabinete ruso, aparentó acogerlas con mucha consideración, pero las modificó como á su política convenía, guardándose de desechar abiertamente cosa alguna, y limitándose á aplazar para cuando se celebrase la paz general todo lo incompatible con los intereses de la política inglesa. Hizo que se le entregaran las proposiciones del enviado ruso y escribió al margen sus propias observaciones (1). Principió Pitt dejándose reconvenir por el joven enviado ruso; permitió que se le reprochase la ambición de la Inglaterra, la aspereza de sus procederes y su sistema invasor que servía de pretexto á los desmanes de la Francia. Se dejó decir que para formar una nueva alianza había que fundarla en un gran desinterés de parte de todas las potencias contratantes. El jefe del gabinete británico se enardeció al tratar este punto: aprobó completamente las ideas del embajador de Alejandro y declaró que era en efecto preciso despojarse absolutamente de toda mira perso-

(1) Yo mismo he leído la relación sumaria de aquellas conferencias, de las cuales existe una copia en Francia. (N. del A.)

nal si se quería arrancar la máscara con que cubría su ambición la Francia; que era indispensable que los aliados no se manifestasen ocupados de su propio negocio, sino de la emancipación de la Europa oprimida por una potencia bárbara y tiránica. A veces, ni la gravedad de los negocios que se tratan, ni la gravedad de su propia persona, exime á los hombres de representar un papel ridículo y pueril. ¡Qué cosa más pueril, en efecto, que ver á unos diplomáticos que representaban las ambiciones que estaban agitando al mundo hacía tantos siglos echar en cara á la Francia su avidez insaciable, como si el ministro inglés deseara entonces algo que no fuera la isla de Malta, las Indias y el imperio absoluto de los mares, y como si el ministro ruso quisiera algo menos que la Polonia y una influencia dominante en el continente! ¡Vergüenza causa el ver á los jefes de los Estados hacerse seriamente reproches semejantes! Napoleón, sin duda alguna, fué demasiado ambicioso de su provecho y más aún del nuestro; pero Napoleón, considerado, si es lícito decirlo así, en sus causas morales, ¿qué otra cosa fué más que la reacción del poderío francés contra las invasiones de las cortes europeas del último siglo, contra la desmembración de la Polonia y la conquista de las Indias? La ambición es el vicio ó la virtud de todas las naciones: vicio, cuando fatiga al mundo sin proporcionarle ningún bien; virtud, cuando le agita para civilizarle. Considerada la ambición francesa desde este punto de vista, no hay ambición de que hasta ahora tengan las naciones menos que quejarse, por mucho que hayan sufrido; no ha atravesado la Francia país ninguno con sus ejércitos sin dejarlo mejorado y más culto.

Convinieron, pues, Mr. Pitt y Mr. de Nowosiltzoff en que la nueva alianza ostentaría el más completo desinterés, con objeto de hacer aún más evidente la insaciable codicia del emperador de los franceses. Admitiendo que sería muy útil librar á la Europa de tan temible personaje, se reconoció sin embargo que sería imprudente anunciar la intención de imponer á la Francia un nuevo gobierno. Debía esperarse á que el país se pronunciase espontáneamente, auxiliarle si se mostraba dispuesto á sacudir el yugo del gobierno imperial, y sobre todo cuidar mucho de tranquilizar á los jefes del ejército y los compradores de bienes nacionales sobre la conservación de sus grados y de sus adquisiciones. Todas las proclamas que se dirigiesen á la nación francesa debían abundar en promesas tranquilizadoras sobre este punto. Mr. Pitt consideraba esta precaución de tal manera importante, que se mostraba pronto á hacer con los fondos de la Inglaterra una *provisión*, como él mismo decía, para indemnizar á los emigrados que habían permanecido fieles á los Borbones, de modo que no molestasen en tiempo alguno con sus reclamaciones á los nuevos dueños de bienes nacionales; de modo que Mr. Pitt ya pensaba en la famosa indemnización de emigrados veinte años justos antes de votarla el Parlamento de Francia. Al querer hacer desinteresadas semejantes pretensiones, ignoraba ciertamente el compromiso que contraía; pero al mostrarse dispuesto á hacer la prueba á costa del tesoro británico, probaba la inmensa importancia que daba la Inglaterra á la caída de Napoleón, tan formidable ya para ella.

El pensamiento de reunir una masa de fuerzas impo-

nente, en cuyo nombre se habría de negociar antes de combatir, plugo notablemente á Mr. Pitt, y lo adoptó hasta con premura. Consentía en que se hiciese un simulacro de negociación preliminar, porque sabía que no produciría resultado, y que las condiciones propuestas no convendrían jamás á Napoleón en su orgullo. No podía éste sufrir en ningún caso que se organizase sin contar con él, ó más bien contra él, la Italia, la Suiza y la Holanda, con el especioso pretexto de su independencia; de modo que Mr. Pitt dejaba creer á los jóvenes estadistas rusos que estaban trabajando en forma una gran mediación, mientras él veía claramente que iban caminando á una nueva coalición, lisa y llana. Por lo tocante á la distribución de las fuerzas, se oponía á algunas partes del proyecto. Admitía sin dificultad que se formasen tres grandes masas: una al Mediodía, compuesta de rusos, napolitanos é ingleses; otra al Levante, compuesta de rusos y de austriacos, y otra al Norte, compuesta de prusianos, rusos, suecos, hannoverianos é ingleses; pero declaraba explícitamente que en la actualidad no podía dar un solo soldado inglés. Insistía en que teniéndolos en las costas de Inglaterra, siempre dispuestos á embarcarse, se conseguiría un resultado sumamente útil, cual sería el de amenazar al litoral del imperio francés por todos los puntos á la vez: lo cual quería decir que aterrado el gobierno británico con la expedición de Boloña, no quería desguarnecer sus territorios, cosa en verdad muy natural. Prometía Pitt subsidios, pero no tantos, ni con mucho, como se le pedían; ofrecía cerca de seis millones de libras esterlinas (unos seiscientos millones de reales); insistía particularmente en un asunto que le parecía tratado muy á la ligera por los autores del proyecto ruso, á saber, la cooperación de la Prusia. Sin ésta parecía todo difícil y hasta imposible; en su concepto, era menester el auxilio de la Europa entera para acabar con Napoleón. Aprobaba la idea de escarmentar á la Prusia en caso de que no se consiguiera su adhesión, porque de este modo la Rusia se ligaba para siempre á la política inglesa, y hasta ofrecía en semejante caso que refluía hacia San Petersburgo la parte de subsidios destinada á la Prusia. Pero siendo este punto de gravedad suma á sus ojos, aconsejaba que se comunicasen al gabinete de Berlín las proposiciones más ventajosas para decidirle. «No crea usted, dijo á Mr. de Nowosiltzoff, que yo favorezca en manera alguna á ese gabinete falso, astuto y codicioso, que reclama tan pronto de la Europa como de Napoleón el pago de sus perfidias, no; pero en él descansa la suerte de lo presente y aun de lo venidero. La Prusia, envidiosa del Austria y temerosa de la Rusia, siempre se inclinará hacia la Francia. Es preciso separarla de ella, sin lo cual nunca cesará de ser la cómplice de nuestro irreconciliable enemigo. Es necesario que ella sola esté exceptuada de los desinteresados propósitos de usted y darle mucho más de lo que Napoleón pudiera ofrecerle, sobre todo algo que la indisponga irrevocablemente con la Francia.» Inspirado Pitt por el rencor, que algunas veces ilumina al hombre, si bien por lo común le ciega, imaginó entonces introducir en el proyecto ruso una modificación tan funesta para la Alemania como para la Francia. Parecía luminosa y profunda la idea de erigir en torno de nuestro suelo reinos capaces de oponernos resistencia; el de las Dos Bélgicas

para la casa de Orange, protegida de la Inglaterra; el reino Subalpino para la casa de Saboya, protegida de la Rusia. Pero veía esta precaución insuficiente: quería que en vez de separar la Prusia de Francia con el Rhin, se las pusiera en contacto inmediato, y propuso que se concediese á la Prusia, si se pronunciaba á favor de la coalición, todo el territorio comprendido entre el Mosa, el Mosela y el Rhin, que hoy denominamos provincias rhinianas. Creía esto indispensable para sacar en lo futuro á la Prusia de su interesada neutralidad y de su inclinación á Napoleón, cerca del cual no cesaba de buscar y de conseguir arrimo contra el Austria. Este proyecto se ensanchó en 1815 poniendo sobre el Rhin, además de la Prusia á la Baviera, para quitarnos todos nuestros antiguos aliados de Alemania. Cuando la veamos necesitar auxilio contra los peligros que la amenazarán por el Norte, entonces conocerá la Alemania qué beneficios debió á los que tanto se esmeraron en buscar motivos para indisponerla con la Francia.

De estas conferencias surgió un pensamiento nuevo, destinado á completar la creación del reino de las Dos Bélgicas, cual fué el de construir en aquel país sin fronteras una línea de fortalezas en contorno, por el estilo de las que había levantado en otro tiempo Vaubán para defensa de la Francia, y erigirlas á expensas de la alianza.

Por lo tocante á la Alemania y á la Italia, manifestó el ministro inglés de una manera convincente que tan vastos proyectos estaban muy lejos de poderse realizar al momento, y cuánto ofenderían á las dos potencias de Prusia y Austria, que eran á la sazón las más necesarias. Ninguna de las dos consentiría seguramente apartarse de la confederación germánica; la Prusia en particular se resistiría á hacer hereditaria la corona de Alemania, y el Austria desecharía una constitución de la Italia que la excluyese de esta región. Mr. Pitt sólo admitió del proyecto relativo á la Italia, la constitución del reino del Piamonte; pero deseaba que se incluyese también la misma Saboya en el territorio que el proyecto ruso adjudicaba ya á dicho reino.

Nada se dijo en fin de la Polonia, pues ésta llevaba implícita la guerra con la Prusia, que Pitt quería evitar á toda costa. El diplomático ruso, tan imbuído en ideas filantrópicas al dejar á San Petersburgo, ni siquiera se atrevió á hablar del Egipto, de Gibraltar, de Memel, de la parte más elevada y esencial del proyecto primitivo. En dos objetos de suma importancia estuvo Pitt poco satisfactorio, y aun casi se mostró contrario: hablamos de Malta y del derecho marítimo. Por lo que hace á Malta, rehusó la conferencia de una manera perentoria, y aplazó las explicaciones sobre este punto para la época en que se supiese qué sacrificios estaba dispuesta á hacer la Francia. En cuanto al nuevo derecho de gentes, dijo que sería indispensable dejar esta tarea, muy poco practicable aunque humana, para un congreso que se reuniese concluida la guerra, para acabar una paz en que quedasen equitativamente contrabalanceados todos los intereses de las naciones. El pensamiento de un nuevo derecho de gentes le parecía bellísimo, pero muy difícil de realizar, porque los pueblos resistirían cuanto pudiesen unas disposiciones uniformes, y aun más difícilmente las observarían una vez adoptadas. No obstante, no se oponía á que se tratasen estas materias en

el congreso que debía reglar más adelante las condiciones de la paz general.

Estas conferencias acabaron con una singular explicación sobre el Oriente y Constantinopla. Muy poco tiempo hacía que la Rusia había inspirado algunos temores á la Inglaterra con su política en la Georgia y sus relaciones con los insurgentes de las provincias del Danubio, por lo cual había dado margen á que se le pasara una nota en que se establecían ya como principios de la política europea la independencia y la integridad del imperio Otomano. «No es así como se procede, dijo Mr. de Nowosiltzoff á Mr. Pitt, cuando se desea que reine la confianza entre los aliados. Mi soberano es el que tiene un carácter más noble y generoso entre todos los hombres y basta fiarse de su probidad. Tratar de coartarle con amenazas ó con meras insinuaciones, es ofenderle inútilmente. Con semejantes medios más fácil sería estimularle que contenerle.» Entonces Mr. Pitt se disculpó de haber dejado entretener unas sospechas tan poco fundadas, las cuales eran muy naturales antes que hubieran llegado á inspirarse unos á otros mutua confianza, aunque debían cesar para lo sucesivo con la intimidad que iba á establecerse. «Por otra parte, dijo Mr. de Nowosiltzoff, ¿qué inconveniente podría haber en que Constantinopla perteneciese á un pueblo civilizador como los rusos, en vez de pertenecer á un pueblo bárbaro como los turcos? ¿No ganaría con eso considerablemente el comercio inglés del Mar Negro? Si el Oriente quedase sometido á esa Francia siempre invasora, el peligro sería sin duda alguna real y positivo; pero sujeto á la Rusia no inspiraría temor ninguno: nada tendría que oponer la Inglaterra.» Pitt (1) respondió que estas consideraciones tenían ciertamente gran peso á sus ojos; que por lo que á él tocaba, no tenía sobre este punto preocupación ninguna; que no consideraría como muy peligroso el que Constantinopla cupiese en suerte á los rusos; pero que esta preocupación estaba muy arraigada en su país, y que no podía menos de respetarla, por lo cual se guardaría muy bien de tocar en la actualidad semejante punto.

Casi nada consiguió Mr. de Strogonoff de lo concerniente á España. Ésta, según decía el gabinete inglés, entregaba todos sus recursos á la Francia, y por lo tanto, sería una necedad el tratarla con miramiento. No obstante, si consentía en volverse contra su amiga, le serían restituidos sus galeones.

Mr. de Strogonoff salió para Madrid y Mr. de Nowosiltzoff para San Petersburgo. Convino en que lord Gówer, más adelante lord Granville, embajador á la sazón en San Petersburgo, recibiría instrucciones detalladas para concluir un tratado sobre las bases prefijadas entre las dos cortes.

Con los pocos días de revisión que sufrió en Londres el proyecto ruso, quedó despojado de todos los pensamientos generosos, y también algo ilusorios, que contenía, y volvió al punto de donde salió reducido á un mero proyecto de destrucción contra la Francia. La Italia, la Alemania, la Polonia dejaron de ser independientes. El reino del Piamonte, el reino de las Dos Bélgicas, con un pensamiento de rencor profundo, á saber: la Prusia

(1) Estos pormenores se hallan consignados en una carta sumamente curiosa de Mr. Nowosiltzoff á su gabinete.